

Por qué la economía ortodoxa transfirió su obsesión por un concepto (mercado) a la de un ritual (matemáticas)¹

Why orthodox economics transferred its obsession for a concept (market) to one for a ritual (maths)

José Gabriel Palma²

RESUMEN

Este paper analiza las dificultades de la teoría económica ortodoxa para llegar a un “lugar de encuentro” entre *significado y materia, contenido y forma, creencias y realidad*. Mientras en los 1960s y ‘70s primó la necesidad de un discurso militante en la lucha por consolidar el cambio de sistema: del keynesianismo de post-posguerra al neoliberalismo desatado, luego, en cambio, con la incontestable supremacía neoliberal, la economía, como disciplina, tuvo un dilema de connotación renacentista: redescubrir su identidad. La tarea ya no era seguir re-legitimizando al capital, sino re-legitimizar a sí misma; para eso intentó transformarse en lo que no era, ni podría ser: “ciencia dura” – lo que la llevó a fijarse más en métodos que en el significado de sus ideas. Y así cayó en un modelo de ciencias ya obsoleto en las Ciencias Naturales: aquel del determinismo mecánico, el de la “causalidad simple” característico de la física Siglo-XIX.

Palabras clave: ontología, metodología, fundamentalismo, idolatría, irrelevancia.

ABSTRACT

This paper analyses the difficulties of orthodox economic theory to arrive at a “meeting point” between meaning and matter, content and form, beliefs and reality. While the 1960s and ‘70s were dominated by the need for a militant discourse to help the struggle to consolidate systemic change: from post-post-war Keynesianism to unrestrained neoliberalism, afterwards, with the uncontested supremacy of neoliberalism, economics, as discipline, faced a dilemma of Renaissance proportion: how to rediscover its own identity. Therefore, the task became one of legitimising itself rather than continuing legitimising capital. And to achieve this, orthodox economics attempted to transform economics into a “hard science” – leading it to focus more on methods than on the significance of its ideas. And so, for complex reasons, it found itself in a model already obsolete in the Natural Sciences: that of the mechanical determinism and of the “simple causality” characteristic of the 19th century physics.

Keywords: ontology, methodology, fundamentalism, idolatry, irrelevance.

¹ Clasificación JEL: B13, B20, B41, E13, CO2. Árbitros: Felipe Gajardo y David López. Recibido el 17 de enero de 2018 y aceptado el 28 de enero de 2018.

² Facultad de Economía, Universidad de Cambridge y Universidad de Santiago de Chile. jgp5@cam.ac.uk

1. INTRODUCCIÓN³

Cuando publiqué en CIPER hace unos años una columna sobre el mal llamado “Premio Nobel de Economía” varias personas después me pidieron que clarificara uno de los temas que analizaba en dicha columna.⁴ En ella, analizaba cómo dicho premio nunca ha sido tal, pues como dice su verdadero nombre (Premio Sveriges Riksbank en Ciencias Económicas), es un premio otorgado por el Banco Central de Suecia, cuya única relación con la Fundación Nobel es financiera: dicho banco paga todos los años una buena suma de dinero para que su premio en economía se entregue en la misma ceremonia que los Nóbeles de verdad.⁵ Lo que aquellas personas me pedían clarificar era si en mi opinión los problemas actuales de la ciencia económica – como ciencia social – se debían a su rigidización y pérdida de creatividad por su absurda idealización del mercado (fundamentalismo), o si era por su

3 Una primera versión de este trabajo fue publicada en CIPER: <http://ciperchile.cl/2013/11/12/por-que-la-economia-ortodoxa-transfirió-su-obsesion-por-un-concepto-mercado-a-un-ritual-matematicas/>.

4 <http://ciperchile.cl/2013/10/21/premio-nobel-de-economia-teatro-puro-teatro/>

5 Estos millones de dólares también le permite al Banco Central hacer una referencia virtual a Alfred Nobel, pues le permite llamar a su premio Premio Sveriges Riksbank en Ciencias Económicas, “en Memoria de Alfred Nobel” – ignorando, de paso, que Nobel, como muchos científicos de su época, tenía la peor opinión posible de economía – a la cual no le reconocían un carácter científico. Por eso, lo último que se le hubiese ocurrido a Nobel era instaurar un premio con su nombre para las “ciencias” económicas (el pobre se debe revolver en su tumba cada vez que se mal-usa su nombre al entregar dicho premio). Hasta hoy día la familia de Alfred Nobel se opone tanto al nombre del premio, como a que se entregue en la misma ceremonia de los de verdad. Por ejemplo, de acuerdo a su bisnieto, “la asociación del premio de economía con los premios Nobel no es más que un golpe de relaciones públicas por parte de los economistas para mejorar su [mala] reputación.” (<https://web.archive.org/web/20071014012248/http://www.thelocal.se/2173/20050928/>).

nueva obsesión con la estética de las matemáticas (idolatría). Este paper trata de dar respuesta a esa importante interrogante pues eso nos puede ayudar a entender la creciente irrelevancia de la economía ortodoxa como instrumento que nos ayude a entender la complejidad del mundo real.

2. LA TEORÍA ECONÓMICA NEO-LIBERAL DE LOS AÑOS 60 Y 70 VERSUS LA DEL PERIODO POST-REAGAN Y THATCHER

Cuando le pregunto a mis colegas jóvenes su opinión sobre el desarrollo de la teoría económica en los años 60 y 70, aquella que construyó el llamado “Consenso de Washington”, sus respuestas se orientan a que la economía de entonces era abundante en ideas, pero débil en lo metodológico. Esto es, fuerte en *significado* (sus ideas referentes a la supuesta supremacía del mercado y a la ineficiencia económica innata del Estado), pero débil en *sustancia* – por su supuesta falta de solidez metodológica. En cambio, cuando se les pregunta a economistas que hicieron sus principales contribuciones en dicha época (como a Robert Solow o Ronald Coase) sus respuestas indican lo opuesto: que ahora la teoría económica dominante tiene más *forma* que *contenido*.

Por ejemplo, Eugene Fama, cuando obtuvo su flamante “pseudo-Nobel”, se quejaba con nostalgia (al igual que su colega Gary Becker) que lo único que queda de la famosa Escuela de Chicago es una perenne desconfianza por todo lo público.⁶ Del resto de su discurso que la hizo tan célebre en los ‘60 y ‘70 ya no queda casi nada, pues ahora sus investigadores andan por cualquier lado.

Esta aparente falta sistemática en la teoría económica de un “lugar de encuentro” entre

6 <http://www.newyorker.com/rational-irrationality/interview-with-eugene-fama>.

significado y materia, entre *contenido y forma*, también se percibe en otras ciencias sociales, al igual que en áreas tan diversas como la religión y la política. Esta problemática se puede sintetizar diciendo que en la economía, como disciplina, existe una gran dificultad de reconocer la coexistencia de más de una dimensión de la realidad psíquica: de juntar pensamientos más bien objetivos con experiencias subjetivas.

La propuesta central de este trabajo (profundizando el análisis de la columna ya citada) es que en la teoría económica hay algo que no funciona en la interacción entre *creencias y realidad*. En el primer período – los años 60s y 70s – lo más probable es que esto sucedió porque entonces lo que se requería de la economía no era tanto ser una disciplina académica, sino un instrumento militante y movilizador en la lucha por consolidar una nueva re-legitimación del capital. Esto es, su labor era ayudar a la legitimación del cambio de sistema: del keynesianismo de la posguerra (igualizante, regulador y minimizador de inseguridades), al neoliberalismo desatado. Lo que se requería de la economía era ser algo más bien cercano a una religión que a una ciencia social.

En el periodo siguiente, en cambio, con Paul Volker en el FED, Margareth Thatcher y Ronald Reagan rienda en mano, y con una Unión Soviética (y su esquizofrénico Muro de Berlín) cayéndose a pedazos, la necesidad de legitimar el nuevo “modelo” obviamente disminuyó pues la supremacía del neoliberalismo era incontestable. Y con esto la economía, como disciplina, se encontró en una gran disyuntiva: redescubrir su identidad. Éste era un dilema de connotación renacentista, pues la tarea por delante ya no era la de continuar re-legitimizando al capital, sino la de re-legitimizarse a sí misma. Por razones complicadas, incluida el conocido complejo de muchos colegas por ser sólo científicos “sociales”, la oligar-

quía de la profesión optó por re-legitimizarse con su intento de transformar a la economía en “ciencia dura”.⁷

En dicha tarea, los economistas ortodoxos comenzaron a fijarse cada vez más en métodos, y cada vez menos en el significado de sus ideas. Esto llevó a transformar el discurso “militante” de los ‘60 y ‘70 – cuando su actuar recordaba el concepto Gramsciano de “intelectuales orgánicos” (los Chicago Boys vienen a la memoria) – en uno supuestamente “neutro” en lo ideológico.

Sin embargo, esta renovación nos hace recordar a Theodor Adorno cuando dice: *“Hoy en día el recurso a la modernidad, no importa de qué tipo, con tal que sea suficientemente arcaico, se ha convertido en universal”*. Y ello porque su pretendida modernidad y solidez científica se basó en una fijación obsesiva por los procedimientos metodológicos de un modelo de ciencias que ya hace mucho tiempo está obsoleto en las Ciencias Naturales: aquel del determinismo mecánico, el de la “causalidad simple”, característico de la física del Siglo XIX – al cual sólo le agregaron el signo dólar.

Esta transformación de la economía, además, ha sido un mecanismo bastante eficaz para mantenerla – como disciplina académica – lo más alejada posible del análisis crítico de la nueva realidad neoliberal y de su pobre desempeño. Desempeño que quedó ilustrado en forma wagneriana por la crisis financiera global del 2007/08, madre de todas las crisis – la caída del Muro de Berlín neoliberal, pues en lo fundamental fue una crisis financiera *endógena* en mercados desregulados.

Recordemos que en los últimos 30 años el paradigma macroeconómico ortodoxo nos insistía que en el mercado financiero, como en todos los demás, sólo existen agentes in-

7 Sobre el creciente rol de la matemática en la teoría económica, ver por ejemplo Lawson (2015).

teligentes quienes toman decisiones óptimas pues sus expectativas sobre el futuro las forman sólo en forma perfectamente racional. Con este tipo de agentes, cuyas expectativas son siempre iguales a los valores estadísticos esperados, todo lo que se requiere para la eficiencia es sacar al gobierno y sus interferencias vía regulaciones innecesarias y perjudiciales. Así se hizo, y así fue la crisis en la que terminamos – si tan sólo hubiesen entendido a Keynes, Kindleberger y Minsky...

Esta falta de análisis crítico al funcionamiento de los mercados, en especial al financiero, dejó a nuestra profesión en un limbo en lugar de un purgatorio. En especial, en el caso de los países en desarrollo esta falta de análisis crítico frente a la complejidad inesperada de las reformas económica ha llevado a tanto economista ortodoxo a repetir y repetir que la solución a cualquier problema es simplemente más y más de lo mismo: más liberalización, más privatizaciones, más desregularización y más flexibilización de los mercados. En especial, este tipo de discurso insiste que no hay nada que aprender del pragmatismo “neo-confuncionista” de los países asombrosamente exitosos del Asia – pragmatismo que tiene carácter de herejía. Desde esta perspectiva, la pregunta de fondo, por supuesto, es obvia: ¿qué será lo que transformó al neoliberalismo en una ideología tan narcisista?

En resumen, cuando el aplastante triunfo político neoliberal de los 80 dejó a la teoría económica ortodoxa “militante” semi-desempleada, el álgebra, cuál caballería en un buen Western, llegó al rescate de una disciplina necesitada de una nueva energía emocional que le devolviera su sentido. Quizás no sea de extrañar, entonces, que la academia en economía comenzara a atribuirle a las matemáticas un significado puramente simbólico. Como si tuviese una propiedad ontológica propia – el álgebra pasó a ser “su filosofía primera”.

Esto no significa que la economía ortodoxa no haya hecho contribuciones significativas en ambos períodos, o que todos los economistas ortodoxos hayan caído de la misma forma en esta trampa: la de *contenido* versus *forma*. Tampoco quiere decir que las matemáticas no sean útiles para la investigación en algunas áreas específicas de la economía, como en la teoría de los juegos o en la econometría. Lo que sí significa es que la economía, como ciencia social, se auto-emasculó, ya sea por sus creencias fundamentalistas (primer período), o por su actitud obsesiva en cuanto a la formulación matemática de sus ideas (período posterior).

En términos sicoanalíticos, lo que ha sucedido es que la economía ortodoxa ha oscilado entre dos realidades cuyas características fundamentales se asemejan a la distinción que hace Ronald Britton entre la veneración por un concepto (o el fundamentalismo), y la devoción por una cosa (la idolatría) (Britton, 2002). En cada una, el “concepto” y el “objeto” terminan siendo alternativas, cada uno afirmando que la realidad sólo se entiende en la forma que cada uno profesa. Lo peculiar de la teoría económica fue su transición de un periodo en el cual encontraba su razón de ser en la veneración de un concepto, a uno en el cual intenta hacerlo vía su devoción al ritual de un lenguaje.

Sin embargo, ambos períodos tienen un fuerte elemento en común: el absolutismo. En la primera fase (‘60 y ‘70), lo relevante no era lo que se leía, sino *la forma en la que se leía*; no era lo que se pensaba, sino *la forma de pensar*; no era lo que se creía, sino *cómo se creía*. El absolutismo era la diferencia entre “yo creo que esto es así” y “esto es así”. Es la diferencia entre la búsqueda de la verdad y “La Verdad”. Lo que se cree pasa de por sí a ser cierto, y lo que se cree saber se convierte de por sí en un hecho.

En la segunda fase, en cambio, el absolutismo de la economía ortodoxa se transfirió a

una exclusividad despótica de las matemáticas como método de análisis, sin importar el fenómeno a estudiar. Esto sucede cuando una herramienta pasa a definir la tarea (y no al revés). En el mundo real, si necesito cortar el pasto, porqué no usar una máquina diseñada para dicha tarea; si quiero pintar, una brocha; si quiero cocinar, un sartén; si quiero arreglar una bicicleta, una llave inglesa; si necesito mandar un correo electrónico, un computador. En la economía moderna, en cambio, la máquina de cortar pasto se define como la única herramienta aceptada para cualquier tipo de tarea en el hogar. Este absolutismo es lo que le da a las matemáticas una representación especial desde un punto de vista ontológico.

Lo central es que en los dos períodos “la pureza de la fe” respectiva es lo que entra en conflicto con la complejidad del mundo real. El miedo es el mismo: de permitirse nuevas ideas, o formas distintas en el sistema de creencias, ellas podrían destruir la creencia. Este temor es lo que pone en juego el instinto de destrucción. Por tanto, en ninguno de los dos períodos podía permitirse el derecho de la disidencia.

Un buen ejemplo de esto lo proporciona un conocido economista brasilero (doctor en economía en Harvard y progresista “renovado”), quien fue presidente del Banco Central durante las reformas económicas que llevaron a la crisis financiera brasilera del ‘99 (la cual estalló pocas semanas después que Euro-money lo eligió como el mejor presidente de Banco Central del año). Para él, la alternativa en Brasil en dicho entonces era muy simple: se era neoliberal o se era “neo-idiota” (neo-burro). Y al neo-burro, por supuesto, había que enviarlo a un gulag.

Cuando lo que se venera es una idea, ésta se torna sagrada e inviolable. En cambio, cuando es un ritual (como es el uso sacramental de las matemáticas), a éste se le atribuyen

buyen *el significado* – y lo único que importa es una rígida devoción a la nueva liturgia. De hecho, la actual adhesión obsesiva al lenguaje de las matemáticas en la economía ortodoxa, se parece al apego al latín en los debates teológicos escolásticos de la Edad Media – cuando la Inquisición prohibía la traducción de la Biblia del latín a las lenguas europeas. Cómo si un lenguaje (el latín entonces, las matemáticas ahora) pudiesen dar de por sí significado a las ideas. Esto no es más que un fetichismo ontológico.

Más aún, por decir lo obvio, las matemáticas no son neutrales en un sentido valórico. En las Ciencias Sociales son mucho más útiles para los métodos reduccionistas y como tal, no son un lenguaje neutro. No son igual de útiles si uno quiere usar una lógica dialéctica para entender la realidad; si uno entiende los *outcomes* no como equilibrios (óptimos o sub-óptimos), sino como dinámicas que crean complicados procesos de causalidad cumulativa. Esto es, no son igual de útiles si uno quiere estudiar agentes que son parte de relaciones sociales particularmente complejas y muchas veces sobredeterminadas.

Como se recuerda a menudo, para Aristóteles *“el ser humano es un animal social por naturaleza... La Sociedad es algo que precede al individuo. Quien no pueda vivir en común, o es tan autosuficiente como para no necesitarla... es una bestia o un dios”*. El álgebra puede ser un lenguaje que ayude a entender (y expresar) la complejidad de lo social, pero por la contradicción entre sus características intrínsecas y la peculiar complejidad de lo social, lo puede hacer sólo en forma limitada y en áreas muy específicas – pues dicha complejidad pronto la hace inmanejable.

En cambio, si uno cree que puede modelar la realidad en forma simple, si uno cree que lo social se puede desgranar como si fuese un racimo de uvas (en sus componentes individua-

les, simples, transparentes y fáciles de manipular), el rol del álgebra puede ser otro – ¡pero para ello hay que creer que la realidad social está compuesta por átomos! Parte de la tentación de hacer eso viene de la fascinante estética de las matemáticas (hay pocas iguales). Éste fue el aspecto del álgebra que sedujo a quienes tenían aquella urgente necesidad de re-legitimar la disciplina económica. En esto, los economistas ortodoxos, a diferencia de Ulises, no se resistieron a los cantos de sirena del álgebra “exacta”. Como nos recordaba Einstein, la realidad es otra: en cuanto a las leyes de las matemáticas se refieren a la realidad, no son ciertas; y, en la medida en que son ciertas, no se refieren a la realidad.

Relacionado con lo anterior, en estos dos periodos hubo un cambio fundamental en la economía ortodoxa en cuanto a la dirección de la intolerancia. Mientras en el primero se era intolerante a las ideas alternativas (aquellas que no idealizaban la racionalidad de los agentes económicos y la eficiencia de los mercados desregulados), se permitía al mismo tiempo cierta tolerancia respecto del tipo de metodología que se podía utilizar para promover y “purificar” esas ideas. En el segundo periodo, en cambio, la intolerancia pasó de la esfera de las ideas al de la metodología. Incluso se llegó a permitir algo de tolerancia en relación a ideas críticas sobre la racionalidad de los agentes y del funcionamiento del libre-mercado (a-la-Stiglitz, Krugman, Schiller y otros). Pero aquello sólo si dichas ideas se articulasen dentro del estricto ritual del álgebra.

Este contexto también ayuda a entender al Chile de la post-dictadura y a los neoliberales de la Concertación, pues también hubo un cambio paralelo entre los dos periodos en la relación entre las ideas de la economía académica dominante y la formulación de políticas económicas en el mundo real. Mientras que en el primer período existió una estrecha relación

entre ambas (lo que pasó en Chile post-1973 es un ejemplo claro), en el segundo, en cambio, hubo una creciente disociación entre “el pizarrón” (o sus equivalentes electrónicos) y la formulación de políticas económicas. Esto es, mientras en los apuntes de clase y los *papers* académicos se cambiaba el alfabeto romano por el griego (el del álgebra de los economistas), en política económica se seguía repitiendo las mismas ideas añejas de los ‘60 y ‘70 – las cuales, como en el vino de dudosa calidad, pasaban a estar vinagre.

Este es un punto importante que hay que recalcar: en el segundo período, economistas que en el pizarrón eran artistas de una nueva lógica abstracta, al momento de hacer políticas económicas en el mundo real eran incapaces de ir más allá de las recetas simplistas de los ‘60 y ‘70. Aquellas que decían que los bancos centrales deben ser “independientes” (esto es, independientes de la voluntad democrática); que debían estar preocupados sólo de metas inflacionarias y con tipos de cambios flexibles; que las políticas públicas debían ser “horizontales”; que la única política comercial eficiente era la apertura irrestricta al exterior (sin importar lo que hacen los competidores); que la cuenta de capital también debía estar abierta en forma irrestricta (sin importar las extravagancias sistémicas y auto-destructivas de los mercados financieros internacionales); que en todos los mercados, incluso los financieros, una fuerte dosis de autorregulación y disciplina del mercado eran más que suficientes para asegurar la eficiencia (por lo que la regulación rooseveltiana/keynesiana por parte del Estado era algo obsoleto); que bajar impuestos a los grupos de alto ingreso subía la recaudación tributaria; que la renta de los recursos naturales debía regalarse a los conocidos de siempre; que las políticas industriales eran contraproducentes; que las experiencias exitosas del Asia eran irrelevantes (sino irresponsables); que el rol de

la política económica sólo era crear “las condiciones” y no “las necesidades”; y así. Esto es, lo que emergió fue una esquizofrenia creciente entre lo que se requería para la academia y para la política económica.

Cuando mucho (para ponerse al día con la Nueva Teoría del Crecimiento) se permitía algún financiamiento público a la investigación en alta tecnología y para incentivar los *clusters* – la condición, eso sí, era que dichos recursos se debían asignar en forma estrictamente “horizontal”, y por ninguna razón en forma “vertical” (el “narcisismo de las pequeñas diferencias” del que hablaba Freud).

Desde esta perspectiva, cabe preguntarse por qué será que la economía ortodoxa, como disciplina, es un tan buen ejemplo de aquella proposición psicoanalítica de la existencia de una relación inversa entre “las expectativas a entender el mundo real” y la intolerancia con la diversidad de las ideas. Ello podría ayudarnos a entender porqué la economía, como disciplina, es tan más intolerante con la disidencia que la mayoría de las otras ciencias (naturales y sociales). ¿Será por su tejido de vidrio?

3. NUESTRAS LIMITACIONES A ENTENDER EL MUNDO REAL PARECEN ENCONTRAR FORMAS EXTREMAS EN LA ECONOMÍA ORTODOXA

En un artículo escrito en 1915, en medio de la Primera Guerra Mundial, Sigmund Freud escribió sobre las tres características básicas de los seres humanos en relación con su dificultad para entender el mundo real: 1) su ambivalencia hacia la realidad; 2) su predilección por la ilusión y los cuentos, y 3) su tendencia innata a la agresión.

3.1. LA AMBIVALENCIA INNATA HACIA LA REALIDAD

Según Freud, una de las principales razones de nuestra ambivalencia hacia la realidad parece ser nuestro arraigado “miedo a lo desconocido”. Algo así como el temor al retorno de un caos primitivo. Wilfred Bion lo llamó “*el terror sin nombre*” (*Nameless dread*, producto del miedo a la falta de contención). Es el miedo a que exista una fuerza desconocida capaz de destruir la comprensión y eliminar el significado. Las dificultades normales para comprender la realidad parecen ser un ataque en lugar de una simple deficiencia (que se puede remediar con más análisis). La sensación es que existe el peligro de que aquello que momentáneamente es incomprendido *se transforme para siempre en algo incomprensible*.

Nuestra ambivalencia innata hacia la realidad también tiene que ver con nuestras necesidades de omnipotencia y omnisciencia. El problema es que, a menudo, cuando el mundo real expone la falsedad de la ilusión de la omnipotencia ésta se satisface a través de acciones destructivas (asunto relevante para el punto 3.3).

3.2. PREPONDERANCIA A LA ILUSIÓN Y LOS ENSUEÑOS

Una forma en la que muchas veces enfrentamos la complejidad de la realidad, porque nos ayuda a vencer el miedo a lo desconocido, es la fantasía de la “omnisciencia”. Y esta sólo se puede imaginar mediante la creación de sistemas absolutistas de pensamiento – en los que se asume que el conocimiento parcial es completo; uno que contiene la totalidad de “La Verdad”. Y, por supuesto, la única forma en la cual el conocimiento puede parecer estar completo y evidente, es a través de la teorización dogmática o la revelación religiosa. Sólo así se puede tener la ilusión de una comprensión total, y de una perfecta simetría entre

las creencias y la realidad. Aquí emerge el rol fundamental de la ideología en las Ciencias Sociales, fundamental por el hecho de que los seres humanos tenemos esa tendencia innata a ser creyentes y tendemos, casi por instinto, a asociar creencias con conocimientos, conocimiento con realidad.

El problema no sólo está en nuestra predilección por simplificar lo real contándonos cuentos, está también en que (a menudo) terminamos creyendo nuestros propios cuentos. Más aún, en economía a menudo lo crucial está en demostrar que el narrador cree realmente en su cuento. Un buen ejemplo fue cuando la centroizquierda llegó al gobierno en América Latina (como la Concertación en Chile y el PT en Brasil); su problema principal era cómo vender “credibilidad” a los mercados (en especial financieros) después de tantos años de ateísmo neoliberal. Sin duda, ese pasado no era la mejor tarjeta de presentación. Así, para aplacar a los mercados financieros (nacionales e internacionales) parecía no haber más alternativa que convertirse en *born-again neo-liberals*. Nada menos serviría.

De hecho, un ministro de Hacienda de la Concertación dijo una vez que la razón de por qué en Chile el modelo neo-liberal funcionó mejor que en otras partes – al menos por un tiempo – era porque en Chile creíamos realmente en el modelo neoliberal, mientras que el resto de América Latina lo habían implementado más bien por necesidad. Theodor Adorno (de nacionalidad alemana) una vez definió a un alemán como aquella persona que no podía contar una mentira sin creerla. Quizás un socialista renovado es aquel que no puede contar un cuento neoliberal sin creérselo a puntillas.

Como se mencionó anteriormente, en economía el complejo proceso dialéctico de interacción entre creencias y realidad tiende a fallar más a menudo que en otras disciplinas. Como resultado, la economía, como ciencia

social, requiere de una “red de seguridad” (*safety-net*), y esta sólo puede ser proporcionada por creencias fundamentalistas o por metodologías que pretenden ser exactas. Pero a diferencia del circo, que necesita de redes de seguridad para evitar una caída fatal, la economía las necesita para enfrentar lo desconocido: aquel miedo a que exista una fuerza desconocida (cual *black hole*) capaz de destruir la comprensión y eliminar el significado.

Por esto, muchas de las ciencias, especialmente las sociales, tienen elementos de religión en el sentido de ser, al menos en parte, visiones mitológicas del mundo exterior producto de procesos psicológicos proyectados en dicho mundo – como el sistema de ideas ptolomías del universo, las cuales sólo proyectaban los anhelos de omnipotencia del ser humano: tenía que ser que el universo fuese el que girase en torno de uno...

En la economía neoclásica, por ejemplo, se nos dice que (menos mal) que los seres humanos seamos egoístas, codiciosos y destructivos, pues estos son los mejores motores para hacer funcionar un mercado. La famosa locución de Gordon Gekko, “*la codicia es buena y necesaria. La codicia clarifica, va al grano y refleja la esencia del espíritu evolucionado. La codicia... es lo que va a salvar a esta corporación llamada USA*”, pasó a ser el himno oficial de Wall Street. En otras palabras, gracias a Dios por el pecado original... Éste fue el que nos hizo codiciosos, egoístas, envidiosos y destructivos – pero eficientes. El Paraíso Terrenal debe haber sido muy confortable, pero era muy primitivo y lleno de pudor. Lo que le faltaba era precisamente esas características humanas que nos han traído el progreso – y tanto divertimento.

Creo que es difícil inventar algo más transparente para proyectar en el mundo exterior nuestra ilusión innata de omnipotencia y omnisciencia que las famosas “expectativas racionales” en teoría macroeconómica. Según

estas, nuestras expectativas, como agentes económicos, siempre equivalen a los valores estadísticos esperados. Igual pedestal se merecen las teorías de las “burbujas racionales” y la idea que en equilibrio habría una armonía perfecta en el mercado entre los intereses privados y los sociales. Menos conocida, pero igual de fascinante, es la idea del “dilema de los prisioneros” en juegos interactivos: según ésta, en el mercado individuos de naturaleza egoísta – y tan sólo por su propio egoísmo – tenderían a ser agradables, tolerantes y no-envidiosos (incluso en los financieros...). Por tanto, si los que siempre tienden a ganar son los *nice guys*, ¿para qué regular? Ni los socialistas utópicos del Siglo XIX eran tan quiméricos.

La idea básica de la economía neo-clásica, que el mercado es capaz de traducir la maximización de los intereses individuales en óptimos sociales, es uno de los mejores cuentos que se han inventado en la historia. De acuerdo con Hayek, el resultado de la interacción de agentes libres en el mercado es producto de un juego de suerte y habilidades. No todo el mundo será feliz en el capitalismo, pero esto es así sólo porque algunos nunca se dieron la molestia de adquirir conocimientos necesarios, o simplemente tuvieron mala suerte (como tener las habilidades erradas después de un cambio tecnológico). Por tanto, los resultados distributivos no son producto de la explotación o de relaciones sistemáticas de poder que favorecen a unos y perjudican a otros. En esta lógica, si en Chile el 1% se lleva casi un tercio del ingreso, no es algo grotescamente autoconstruido, sino sólo resultado de algunos pusieron la energía, adquirieron las habilidades o simplemente tuvieron la suerte necesaria. El hecho de que mucho de ese 1% llegó ahí sólo porque tuvo acceso a la piñata de los recursos naturales y privatizaciones durante el reino de los Chicago Boys, y que ahora tenga a tanto político en el bolsillo, que ya se hayan trans-

formado en verdaderas máquinas aspiradores de todo tipo de rentas artificiales provenientes en especial de la concentración oligopólica, es irrelevante. En este arco teórico utópico no se puede decir que haya ganadores y perdedores sistemáticos, y mucho menos desigualdades o injusticias de ese tipo. Sólo fuerzas anónimas operando en el mercado, con un resultado distributivo eficiente (Palma, 2011 y 2016).

Además, el cuento de los equilibrios óptimos cuando hay agentes libres operando en el mercado permite culpar al Estado por cualquier problema, como sucedió (para variar) en la crisis financiera global de 2007/08. Supuestamente, ella jamás podría haber ocurrido en forma puramente endógena, fruto de dinámicas maníacas autodestructivas endógenas típicas de mercados financieros desregulados y con exceso de liquidez (Palma, 2009).

Por supuesto, Adam Smith y la Ilustración tenían toda la razón cuando argumentaban que los seres humanos podemos perfectamente preocuparnos de nuestros propios intereses: no necesitamos de una iglesia o de un rey o reina para que nos diga lo que tenemos o podemos hacer. Esa fue una propuesta extremadamente progresista para su época. De hecho revolucionaria. Pero la idealización que hace la economía ortodoxa de esos seres humanos “empoderados”, interactuando (supuestamente) en forma libre en el mercado (como si la mayoría no tuviesen necesidades inmediatas que atender), y produciendo óptimos sociales al maximizar sus intereses individuales, sólo puede ser cuento de economista. Smith, en cambio, quién sí tenía los pies en la tierra, también nos prevenía insistentemente, por ejemplo, de que esos mismos agentes, cuando productores, estaban muchísimo más interesados en coludir que en competir.

¿Y puede haber mayor ilusión respecto de los poderes ontológicos mágicos de las matemáticas, que la que tenían en Estados Unidos

los estrategas políticos durante la Guerra Fría, cuando pensaban que mediante el uso de la teoría de los juegos se podría tener una carrera armamentista ilimitada, sin tener al mismo tiempo el riesgo de una aniquilación nuclear? Cual casino, la sobrevivencia del planeta se apostaba en un juego matemático.

Joseph Stiglitz dice a menudo que, dada su extraordinaria simplificación de lo real, la mayor atracción del Consenso de Washington es la facilidad de su comprensión. Un par de ideas, otro par de dogmas, y unas pocas ecuaciones y listo. Las políticas supuestamente óptimas son tales en cualquier tiempo y lugar. No hay que haber estudiado economía para entenderlas. Las complicaciones tipo Lipsey y Lancaster (1956), y las del tipo keynesiano son cuando mucho curiosidades – sino pérdida de tiempo.

En resumen, la complejidad de lo real-social y el miedo a lo desconocido parecen conducirnos en teoría economía a una preponderancia por la ilusión, los espejismos y los ensueños – que en áreas llegan a parecer delirios. En economía, este fenómeno parece ser peor, porque nuestros métodos de investigación tienen muy poca capacidad de discernir entre hipótesis alternativas. ¿Qué otra cosa puede explicar que el grado de certeza con la que un grupo cree su propio cuento puede llegar a ser en sí un mecanismo de selección entre cuentos alternativos?

3.3. LA AGRESIÓN INNATA

En la peculiar relación entre *ideas* y *destruibilidad*, el punto clave vuelve a ser lo que ya se ha dicho: lo importante no es lo que se lee, sino la forma en la que se lee; no es lo que se piensa, sino la forma de pensar; no es lo que se cree, sino cómo se cree. Eso es lo que va a determinar si la destructividad se pondrá en juego. Pol Pot basó sus ideas en una lectura muy particular de Lenin; Hitler,

en una interpretación absurda de Nietzsche y Wagner; Robespierre, en su lectura mecanicista de Rousseau; la señora Thatcher, en su comprensión simplista de Friedrich Hayek; los Chicago Boys y sus mentores (Friedman y Harberger) en su lectura superficial y dogmática de Adam Smith.

Se trata de ideas convertidas en creencias absolutistas. Y por supuesto, ningún país, ninguna religión, ninguna ciencia – para qué decir las sociales – esta inmune a este fenómeno: la transformación de ideas en creencias absolutas. Una forma de regresión psicológica que las hace un aliado perfecto de los instintos destructivos del ser humano.

Cuando hay una fuerte necesidad de comprensión, junto al temor aterrador de la no-comprensión, surge una insistente y casi exasperada necesidad de acuerdo y de aniquilación del desacuerdo. La ansiedad relacionada con la incompreensión y el miedo a lo desconocido, lleva a una relación inversa entre las expectativas de entender lo real y la necesidad de un acuerdo absoluto (de castigar la disidencia). En economía, la baja expectativa de comprender la realidad social es crucial para explicar la persistencia y el nivel de la intolerancia, incluso si los temas a los que se dirige la intolerancia han cambiado en el tiempo.

El temor es que, al permitir nuevas ideas en un sistema absolutista de creencias, éstas pueden destruir la creencia misma. Esto pone en juego el instinto destructivo, convirtiendo al sistema absolutista en un motor de “genocidio ideológico”: en un intento de purificar un sistema de creencias aniquilando aquellos que se oponen a ella (el terror de Robespierre viene a colación). La gran diferencia entre los ‘60 y ‘70 y el periodo posterior fue que en el primero lo que se quería purificar era el campo de las ideas, mientras que en el segundo era la metodología.

Por su parte, hay una gran diferencia entre

ambas intolerancias; en círculos académicos, por ejemplo, es mucho más aceptable ser intolerante con los que no usan matemáticas en el análisis económico, que con los escépticos de la supremacía de los mercados libres. Es mucho más fácil utilizar el argumento de las matemáticas para sacar mal a un estudiante, rechazar un *paper* en una revista académica, asignar recursos en forma sesgada para la investigación, o negar un derecho de cátedra. Si bien siempre es difícil idealizar algo sin demonizar sus alternativas, es mucho más práctico hacerlo por un ritual (el álgebra) – en este caso es mucho más fácil demonizar su ausencia.

También hay que tener presente que la creciente (y no tan sorprendente) irrelevancia de la teoría económica en el mundo de la toma de decisiones lleva a que en la política pequeña de la academia se confirma aquello de que “when the stakes are low, politics is high” (cuando lo que está en juego no es trascendental, la política puede ser intensa).

Además, muchos miembros de la profesión en el campo heterodoxo simplemente han tirado la toalla. Por ejemplo, en los ‘90, el decano de la Facultad de Economía de Berkeley (heterodoxo dubitante), me comentó sobre sus dudas al respecto (que para entonces no eran simples dudas, sino que eran de esas que ya están de por sí cerca de un nuevo criterio de verdad – por haberse ya llegado a la certeza de la duda): si en ese momento él fuese un economista joven postulando a un cargo en su propia facultad, él jamás se daría a sí mismo el puesto por su poco conocimiento de las matemáticas. Unos llamarían a esto Síndrome de Estocolmo; a otros, quizás, les traería a la memoria lo que algunos han llamado el yo dubitante de la filosofía pre-kantiana.

Lo importante de entender es que la falta de diversidad de pensamiento en economía es algo particularmente limitante (sino auto-destructivo) para su creatividad intelectual. Cuando Adam Smith nos decía que “sin com-

petencia no hay progreso”, no sólo se refería al mundo material, sino también al de las ideas...

Con el fin de comprender la necesidad destructiva del ser humano cuando se está parado intelectualmente sobre un tejado de vidrio respecto de ideas alternativas hay que volver nuevamente a Freud: cuando nuestra manera de pensar es frágil, no debería extrañar que se desate nuestra tendencia innata a la destructividad. Para Freud, el “instinto de muerte” no es una fuerza contra el bien o lo bondadoso, sino una fuerza destructiva contra la creatividad, contra lo original, lo imaginativo, lo fértil, lo divergente. Cuando Freud hizo del instinto destructivo un aspecto central de su teoría, pensó en el Fausto de Goethe. Citando a Mefistófeles, la personificación del mal, a quien identifica con el instinto de muerte, explica su idea: “*Para el demonio su adversario no lo que es lo santo o lo bueno, sino el poder de la naturaleza para crear, para multiplicar la vida...*”.

Por eso, personas perfectamente normales pueden actuar en grupo de formas que la psicología individual interpretaría como extremos psicopatológicos. Al parecer, cuando se actúa en grupo, la gente piensa que tiene licencia moral para comportarse de una manera que como individuo nunca lo haría. Acciones destructivas de las personas, cuando actúan en grupos basados en creencias ideológicas, están destinadas a estar libres de culpa e incluso a ser gratificantes. Esto explica, al menos en parte, la manera burda con la cual se aniquiló la disidencia en la mayoría de las facultades de economía del mundo.

De hecho, puntos de vista diferentes –en especial si son intelectualmente más sofisticados –es algo particularmente provocativo para los fundamentalistas; ahí no cabe la tolerancia. Por ejemplo, los economistas pueden ignorar más fácilmente una opinión disidente que dice que las matemáticas son inútiles para la economía, que a otra que plantea que las mate-

máticas, como herramienta o lenguaje, pueden perfectamente ser útiles en áreas específicas, pero debe ser tratada con extrema precaución en otras. Ya decíamos, esto es similar a cuando necesito hacer un trabajo en mi casa: las herramientas que preciso son diferentes según la tarea. La máquina de cortar pasto no es útil para cocinar. Pero no en la economía “moderna”: la “herramienta” en el análisis económico es independiente de la necesidad.

Como nos advierte Keynes –matemático de formación– en su opus magnum:

“El objeto del análisis económico no es proporcionar una respuesta mecánica, o ser un método de manipulación hipnotizado capaz de proporcionar respuestas infalibles, sino el dotarnos de un método organizado y ordenado que nos permita pensar problemas específicos. Una vez hecho eso, a través de aislar los factores que complican el análisis, y habiendo llegado a una conclusión provisional, debemos volver al comienzo y estudiar de nuevo, como sea posible, los efectos probables de la interacción de esos factores excluidos. Esa es la naturaleza del pensamiento económico. Cualquier otra forma de aplicar nuestros principios formales del pensamiento (sin los cuales, sin embargo, estaríamos perdidos en el bosque) nos llevarán a una equivocación. Es un gran error de los métodos simbólicos pseudo-matemáticos tratar de formalizar un sistema de análisis económico..., el cual asuma una estricta independencia entre los factores involucrados, y que de este modo pierde toda su fuerza y autoridad. En el discurso normal, en cambio, donde no estamos manipulando a ciegas, sabemos todo el tiempo lo que estamos haciendo y lo que significan las palabras. Así podemos mantener en forma consciente, las necesarias reservas y calificaciones... Una parte demasiado grande de la reciente ‘economía matemática’ son

meras invenciones, tan imprecisas como los supuestos en las que descansan, los que permiten al autor perder de vista la complejidad e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretenciosos e inútiles” (el énfasis es nuestro) (Keynes, 1958).

4. LA ESPECIFICIDAD DE LA ECONOMÍA

En economía la interacción específica de tres características la hace particularmente vulnerable a los problemas mencionados anteriormente. a) Tiene que vérselas con un tema especialmente complejo: la naturaleza particularmente enmarañada de la realidad social; b) por tratarse de una ciencia social, las herramientas analíticas a nuestra disposición son relativamente ineficaces tanto para entender como para discernir entre hipótesis alternativas; y c) existen poderosas demandas externas sobre la profesión, a veces muy bien remuneradas, en especial para ayudar a consolidar poder y legitimar ideas incongruentes o ilusorias.

Debido a (a) y (b), de poco sirven intentos para “embellecer la irrelevancia” y para modular ficciones, como es el caso por ejemplo de la nueva síntesis neoclásica – con sus agentes representativos y licuación de mercado (sujeto a la posibilidad de precios porfiados), en los cuales no cabe ni el desempleo involuntario keynesiano creado por insuficiencias de la demanda efectiva. Este tipo de modelo también es incapaz de explicar fluctuaciones en economías plagadas de fallas de coordinación. Fenómenos como la crisis financiera global del 2007/08 hay que ignorarlos como si fuesen puro ruido; y no se puede escatimar recursos para “superarlos”. Esto recuerda aquella frase de Keynes: “La gente generalmente prefiere fallar por medios convencionales, que tener éxito experimentando con otros no-convencionales”. Quizás el secreto del éxito del Asia esté precisamente en haberle perdido el miedo

a la innovación en las ideas.

Otro fenómeno imposible de entender dentro de dichos parámetros es la creciente desigualdad en el mundo; ¿cómo pueden tener sentido fenómenos de esta naturaleza en un mundo donde aparentemente sólo existen fuerzas anónimas que producen resultados eficientes (dadas ciertas condiciones)? En este esquema no puede haber ganadores o perdedores perennes; menos aún desigualdades sistemáticas o injusticias estructurales. Aquí la comparación anterior entre los temas que interesan a la economía ortodoxa con los debates entre teólogos escolásticos y su eficaz inquisición, es particularmente relevante.

Quizás se podría agregar una cuarta interacción en este proceso y que hace a la economía particularmente vulnerable a los problemas mencionados anteriormente: la selección adversa o incentivos poco santos que atraen a muchos a la profesión, y que son muy poco saludables al momento de ayudar a lograr un mayor entendimiento de lo real-social.

La proposición central del Darwinismo es muy relevante para entender todo esto: en una población, un subgrupo va a sobresalir si tiene características específicas que los ayude a adaptarse mejor a un medioambiente *específico*. Sin embargo, esto no tiene nada que ver con algún “valor intrínseco”, o superioridad moral del subgrupo. Sólo se trata de tener lo que se requiere, dada ciertas circunstancias específicas. Desde esta perspectiva una forma de entender qué es el neoliberalismo – y el rol que juega en él la teoría económica ortodoxa – es la siguiente: cómo crear *artificialmente* un medio-ambiente donde el capital (por sus características intrínsecas), pueda ser privilegiado, y el trabajo (por las suyas) pueda ser mantenido a raya.

Esto es, cómo crear artificialmente un nuevo medio-ambiente, donde las habilidades del capital sean las más afortunadas. Para ello mejor volver a un capitalismo puramente pre-

datorio, rentista y de *traders*. ¿Por qué entonces no regalar las rentas de los recursos naturales? ¿Desregular la competencia y permitir todo tipo de concentración oligopólica y abuso del poder correspondiente? ¿Por qué no abrir la cuenta de capitales, “flexibilizar” el mercado del trabajo, ahogar en crédito, domesticar al Estado, independizar la política monetaria de la voluntad popular, etc., etc.?

Desde esta perspectiva el neoliberalismo no es más que una etapa regresiva en la evolución humana, pues como nos dice Albert Einstein, siguiendo a Thorstein Veblen, el desafío por delante es intentar superar la etapa predatoria en la evolución humana. Para Einstein, el neoliberalismo (o neoconservadurismo, como se llama en Estados Unidos), no es más que lo opuesto, pues intenta reafirmar dicha etapa arcaica. Y para eso la mejor telenovela ortodoxa en cartelera nos dice que cualquier agenda progresista alternativa no es más que un pacto de autodestrucción. Como dice la canción, dicho discurso es teatro, puro teatro, falsedad bien ensayada, estudiado simulacro.

En lo básico, dicha economía ortodoxa recuerda aquel dicho del presidente Barros Luco: en la realidad económica habría sólo dos tipos de problemas, aquellos que se resuelven solos en este tipo *específico* de mercado (tan poco competitivo en el acceso a las rentas), y aquellos que no tienen solución (como sería el caso de nuestra absurda desigualdad). Por su parte, la única diferencia entre los neo-liberales clásicos y los progresistas (o “renovados”) sería que para estos últimos los problemas que para los primeros no tienen solución dentro del “modelo”, quizás lo podrían tener, incluso en este tipo de mercado, tan lleno de fallas y distorsiones (en gran medida auto-construidas), pero eso sólo “en la medida de lo posible”.

REFERENCIAS

- Britton, R. (2002). Fundamentalism and Idolatry. En C. Covington et. al. (Eds.) *Terrorism and War*. Karnac.
- Keynes, J.M. (1958). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México D.F.: Fondo de Cultura Económico.
- Lawson, T. (2015). *The nature and state of modern economics: Economics as social theory*. Nueva York: Routledge.
- Lipsey, R. y Lancaster, K. (1956). The general theory of second best. *The Review of Economic Studies*, 24(1), 11-32.
- Palma, J. G. (2009). The Revenge of the Market on the Rentiers Why neo-liberal reports of the end of history turned out to be premature. *Cambridge Journal of Economics* 33(4), 829-869.
- Palma, J. G. (2011). Homogeneous middles vs. heterogeneous tails, and the end of the “Inverted-U”: the share of the rich is what it’s all about. *Development and Change*, 42(1), 87-153.
- Palma, J. G. (2016). Do Nations Just Get the Inequality They Deserve? The “Palma Ratio” Re-examined. En Basu, K. y Stiglitz, J. E. (Eds.), *Inequality and Growth: Patterns and Policy. Volume II: Regions and Regularities*. Palgrave Macmillan UK.